

**La literatura de viajes en Colombia: de los cafetales al trópico.
Una mirada al país regional y sus formas de representación
desde principios de siglo XX hasta nuestros días**

Angélica González Otero
Universidad La Gran Colombia

Resumen

El género de la literatura de viajes a principios de siglo veinte en Colombia, pone de nuevo en cuestión el debate regional dentro de los proceso de construcción de la nación, evidenciando los imaginarios, en su mayoría estereotipados, que se han construido de algunas regiones del país a través del tiempo y que aún hoy permanecen como referentes establecidos en la memoria de los Colombianos. Esta ponencia pretende, a través del análisis de dos libros de viaje: *Viaje a pie* de Fernando González y *Cuatro años a bordo de mí mismo* de Eduardo Zalamea, evidenciar la relación entre el escritor viajero y los visitados; como se articula en estas dos novelas la representación de algunas regiones del país, tales como: La región caribe, la región pacífica y la región cafetera. A partir de conceptos como, alteridad, exotismo, diferencia, identidad.

Palabras clave: viajes, literatura, Colombia, regiones, Fernando González, Eduardo Zalamea, siglo veinte.

Abstract

The genre of travel literature at the beginning of the 20th century in Colombia reexamines the question of the regional within the process of nation building, demonstrating that the imagined, the majority of which have been stereotyped, have been constructed through time in some regions, and continue even now as established referents in the memory of Colombians. Through the analysis of two travel novels, *Travel on Foot* by Fernando González and *Four Years on Board of Myself* by Eduardo Zalamea, this presentation hopes to show the relationship between the travel writer and the visited, and how the representations of certain regions of the country are articulated in these two novels, such as the Caribbean, the Pacific, and the coffee regions, bringing forth ideas such as otherness, exoticism, difference, and identity.

Keywords: travel, literature, Colombia, regions, Fernando González, Eduardo Zalamea, 20th century.

“...el estudio de la literatura no es abstracto sino que está anclado irrecusable e indiscutiblemente en el seno de una cultura cuya situación histórica influye, cuando no determina, gran parte de lo que decimos y hacemos.”

Eduard Said

Narrar el viaje, como testimonio de una experiencia de vida, ha ido conformando una forma de escritura ligada al desplazamiento, al movimiento; dicha forma de escritura se ido modificando, adaptándose a los intereses y necesidades de los hombres de todas las épocas. Han sido los relatos de viaje una fuente relevante de información y descubrimientos, sobre la vida y la cultura de los pueblos. Al aproximarnos a la literatura de viajes en Colombia, el panorama del siglo veinte se muestra alentador y con numerosas obras que tienen el viaje como centro de sus argumentos.¹ La figura del viajero se establecerá en la escritura y será la que propicie nuevos interrogantes en la discusión de la construcción del país; la presencia del viajero en la narrativa de viaje colombiana será la que ponga en la balanza las dicotomías culturales que van a estar presente en la vida social y política del país, incluso hoy día –civilización y barbarie, cultura europea y cultura americana, metrópoli y colonia, centralismo y provincia- para desarrollar más adelante una visión del país más compleja, donde la búsqueda de los orígenes posibilitaría desarrollar aspectos narrativos que evidencien los pliegues heterogéneos y diversos que amparan nuestra identidad.

Se escogió para esta investigación dos novelas de viaje, ambas publicadas con cinco años de diferencia y que se convirtieron en motivo de crítica y censura por parte de los estamentos del poder de la época. La primera novela es escrita por el pensador antioqueño Fernando González (1895- 1964). *Viaje a pie*, narra el periplo del autor por regiones colombianas como: Antioquia, Caldas, Quindío, Valle del Cauca, donde finalizará su viaje al llegar al mar pacífico. El viaje lo realizó acompañado de su amigo y secretario Benjamin Correa, en un periodo de 45 días. La segunda novela que se analizó en esta investigación es *Cuatro años a bordo de mi mismo* del escritor bogotano Eduardo Zalamea Borda (1907- 1963). Como novela de viaje, el motivo narrativo

¹ Entre algunos ejemplos tenemos la novela *De sobremesa* de José Asunción Silva; *La vorágine* de José Eustasio Rivera; *La otra raya del tigre* de Pedro Gómez Valderrama; *El buen salvaje* de Eduardo Caballero Calderón, *Fugas o Biografía de un embustero* de Óscar Collazos; *El viaje triunfal* de Eduardo García Aguilar; *Amares, del Mar Verde al Mar de los Caribes* de Arturo Echeverri Mejía; la saga novelística de Magroll el Gaviero, *Mambrú* de R.H. Moreno Duran, entre muchas otros libros de viaje que nacerán en el siglo veinte en el país.

central gira entorno a un desplazamiento, el periplo de un sujeto viajero por los puertos caribeños y guajiros de la costa atlántica colombiana, a principios del siglo XX. El viajero parte de Bogotá a la Costa Caribe y vivirá en algunos puertos de la Guajira alrededor de cinco años, para más tarde retornar a su natal Bogotá.

Ante todo se quiso realizar una lectura crítica de las obras, donde se dejara de lado, lo que Mary Louise Pratt llama “mimesis crítica” y que surge de la extrema identificación con el sujeto viajero, muy común en los análisis de este tipo de literatura; para así poder ver ampliar el espectro crítico, no sólo valorando al viajero y su posición en el relato, sino incluyendo todos esos elementos, por fuera del viajero, todo lo que está al otro lado de la balanza: el mundo que recibe al viajero, que lo confronta y lo obliga a la interrelación: “Cada relato de viajes tiene su propia dimensión heteroglósica: su conocimiento no surge de la sensibilidad y el poder de observación de un viajero sino de su interacción y su experiencia habitual, dirigidas y controladas por los “viajados”, quienes trabajan desde su propia comprensión del mundo.” (Pratt, 239)

Es por esto que se hace necesario descubrir y nombrar las conexiones y los encuentros donde viajeros y visitados se compenetran, como otra posibilidad para comprender de una forma más totalizante la propuesta del relato de viaje; cómo se manifiesta el mundo de esos “viajados”, su voz, su presencia implícita o explícita dentro del relato. Este mundo visitado -asimilado en esta investigación como la regiones, los sujetos, los espacios geográficos- permea y altera la representaciones que los sujetos viajeros realizan en sus obras sobre las regiones.

De igual forma, se quiso vincular a la investigación el problema de la representación, que es uno de los asuntos primordiales que atraviesa en el género de la literatura de viajes. En la representación encontramos relatados perfiles y rostros de pueblos y culturas; estas identidades se organizan y se elaboran en la escritura como un supuesto de “realidad” y “verdad”. Sin embargo, no son más que creaciones que los sujetos, en este caso el sujeto viajero, instauran como nociones privilegiadas de los territorios viajados.

Este asunto o problema de la representación de las culturas es planteado por Edward Said en el prólogo de su libro *Orientalismo*. En este prólogo, Said formula un concepto interesante a la hora de asomarnos a este tema. Es el concepto de “autoridad intelectual”. Para Edward Said todo viajero que desee enfrentarse a los retos de la representación,

debe sentirse portador de una “autoridad”, que a la vez embarga todos los condicionamientos que el sujeto carga consigo: situación social, histórica y cultural: “La autoridad no tiene nada de misterioso o natural; se forma, se irradia y se difunde; es instrumental y persuasiva; tiene categorías, establece cánones del gusto y los valores; apenas se puede distinguir de ciertas ideas que dignifica como verdades y de las tradiciones, percepciones y juicios que forma, transmite y reproduce.”(Said, 43)

El escritor viajero no puede escapar de esta “autoridad” a la hora de querer representar, describir, lo que ve y en esta acción de representación no puede evadirse de una toma de posición frente a lo que desea representar y cómo lo desea hacer. Resultado de esto es que debemos descartar la verdad unívoca, un “gran original” –como dice Said– de las culturas. Ya que no hay “versiones naturales o reales de las culturas ” hay representaciones. Desde estos planteamientos teóricos se posturalon las siguientes preguntas:

¿Cómo está configurada en estas dos novelas de viaje, la relación entre el escritor viajero y los visitados; como se perfila o se construye en el discurso narrativo la representación del país y algunas de sus regiones, a través de conceptos como exotismo, alteridad y diferencia ? ¿Cuáles han sido los aportes del género de la literatura de viajes a la construcción y visibilización de la diversidad étnica y cultural del país?

La importancia de visualizar en las novelas los nexos y formas de relación entre los viajeros y los visitados, lo mismo que la manera de representar del viajero, es intentar visualizar como se construye la visión del país a través de las regiones. Un país extenso, heterogéneo y con una enorme diversidad cultural, pero que se ha imaginado y simbolizado desde el centralismo de las capitales. Lo que ha permitido que se desconozca y se silencie la voz de ese otro país, invisible y marginal de las regiones y provincias.

Muchas son las problemáticas que intervienen en la formas de representar ese mundo del Otro y que involucran al viajero cuando intenta realizar en el testimonio escrito una representación de los visitados; algunas de estas problemáticas son comunes en las dos obras que escogí –a pesar de estar escritas en formatos diferentes *Viaje a pie* con un carácter testimonial y directo y *Cuatro años a bordo de mi mismo*, con el soporte de un armazón ficcional – ya que ambas novelas, por ejemplo, están narradas por voces

masculinas y letradas, que invaden todo el ámbito del relato e influyen de manera marcada en la forma de testimoniar y experimentar a esos Otros.

Existen otros aspectos que interviene en la representación y la problematizan, en este caso, ambos escritores viajeros salen de la ciudad asfixiante al mar salvador y liberador. Por lo que ambos itinerarios se dirigen hacia dos regiones periféricas de Colombia, que desembocan en las dos arterias fluviales del país: el Caribe y el Pacífico. Por tanto, el desplazamiento surge como huida de la ciudad centralizada a la provincia periférica, lo que hace que el lugar de enunciación de los viajeros esté determinado por sus ciudades de origen en este caso: Bogotá y Medellín. Dichas situaciones socioculturales de los viajeros influyen y son determinantes a la hora de testimoniar la realidad de las regiones visitadas. Todos estos vicios y condicionamientos que intervienen en el proceso de representación fueron objeto de análisis en esta investigación.

En el libro *Viaje a pie* se observa una estructura más cercana al relato anecdótico, se suplanta la trama por una estructura discontinúa, donde escasean los recursos descriptivos o informativos sobre los lugares visitados. En *Viaje a pie*, encontramos sobre todo el relato de un viaje, un relato que expresa no sólo la evidencia de un recorrido, sino una posición política y social frente a la Colombia de la época.

El viaje es contado por la voz narrativa de Fernando González, autor, narrador y viajero. La siguiente es la ruta elegida: “El viaje se define así: Medellín, El retiro, La ceja, Abejorral, Aguadas, Pácora, Salamina, Aranzazu, Neira, Manizales, Cali, Buenaventura, Armenia, Los Nevados, a pie y con morrales y Borbones.”(*Viaje a pie*, 13) El viaje es realizado en la temporada vacacional, entre diciembre de 1928 y enero de 1929, lo que nos lleva a pensar que el viaje no interfiere ni va en contra de una vida estable de familia y trabajo convencional; no es un viaje que fracture la vida o que instaure una ruptura con el entorno del viajero, es un viaje que ha sido planeado y trae marcados ciertos límites, precisamente porque la vida convencional espera.

Como lo habíamos mencionado antes, todo viajero necesita apropiarse de cierta autoridad para escribir, relatar y representar los territorios visitados. En el caso de *Viaje a pie*, la voz narrativa busca amparo en el conocimiento intelectual, que se vuelve su arma más eficaz, para construir la “autoridad” necesaria, para que su discurso adquiriera peso en los círculos sociales letrados que seguramente lo leerán y que están bajo su mirada crítica. Las continuas frases en latín, los referentes filosóficos, literarios y

religiosos, son algunos de los ejemplos que evidencia la apropiación de dicha autoridad discursiva en la voz del sujeto viajero.

Cada situación del viaje se vuelve propicia para exponer el saber intelectual, como por ejemplo, al hablar de la mujer serrana: “Aquella falta prensada! (...)No queremos descubrir lo que podrían acusarnos de corruptores de la juventud, como lo hicieron con el maestro Sócrates”. (González, 1989, p.32). De igual forma ocurre, con los referentes religiosos, que también son numerosos en el discurso del viajero y que servirán como instrumento para validar los cuestionamientos del viajero al sistema eclesiástico de su época: “La religión es el miedo a las fuerzas ocultas, el miedo a la muerte, aparece allí desde la forma bárbara del Dios escondido que hablaba a Moisés en la zarza ardiente(...)”(González, 1989, p.132). Todos esos referentes de uso y conocimiento intelectual, logran que el yo viajero, se embista de autoridad, a la vez que limitan el acceso del contenido del libro a la clase dirigente de la época tiempo, ya que serán precisamente, el poder político y eclesiástico, los “emisores exclusivos” para los que se escribe, son ellos el símbolo de alteridad de la voz narrativa.

El país que los viajeros recorren comienza con la montaña andina y termina en el océano pacífico, del camino cerrado y oscuro al camino abierto y dispuesto, ambas tipografías se asumen como antagónicas y contrarias y convierten en el panorama que se muestra del país. La región pacífica, al principio del viaje se mostraba como una alternativa, se anhelaba como búsqueda de nuevas formas de vivir y de pensar, solo se avala en cuanto representa un respiro al cuerpo y una opción climática para experimentar nuevas sensaciones. Pero no cuenta como una opción de forma de vida, como forma cultural, ya que el ideal de progreso, sigue presente en el discurso viajero hasta el punto de infantilizar la condición de las regiones, del país, del continente: “Nuestro plano de conciencia es aún muy inferior”, “es joven nuestra América”. (González, 1989, p.134)

La intencionalidad del viaje, está sujeta a ser motivo de ruptura para con el pensamiento, las creencias y la vida social de la época. De igual forma el viaje dio la posibilidad de mostrar y exponer la necesidad de construir un ideal de país, pero no de encontrarlo o descubrirlo durante la ruta; por esto, la sensación que se percibe al final sigue siendo de desesperanza y pesimismo.

En el libro *Cuatro años a bordo de mí mismo*, se realizan diferentes viajes: unos lugares serán de tránsito para el viajero, como Cartagena, Puerto Colombia o Riohacha, lugares aún demasiado poblados, por tanto no se asumen como portadores de su ideal de búsqueda de la Guajira hiriente y sin civilización; el viajero pasa por ellos, los recorre como lugares aún expuestos por los dominios de lo civilizado y, por esto mismo, carentes de interés en su anhelo por encontrar la “aventura de la vida”. Otros lugares serán testigos de una mayor permanencia del viajero, como los puertos guajiros de El Pájaro, Manaure y Bahiahonda. Este último es el puerto donde el viajero permanece más tiempo y el más lejano al norte de la península. Allí el viajero vive los rigores del más fuerte de los climas, y del hambre, y es testigo de un último hecho trágico: el suicidio de Víctor, la infidelidad de Lolita, a través de los ojos de su hijo.

En la novela, la representación de las regiones y de sus habitantes se construye desde la búsqueda personal del viajero, una búsqueda que se planteó en el relato, desde su deseo interior de experimentar la aventura, la vida en toda sus posibilidades, y esta búsqueda se sostiene, y se revela, en la narración de viajes, a partir de todos los acontecimientos de los que el viajero va a ser testigo en la Guajira: sucesos trágicos de muerte, suicidio, traiciones amorosas y sexualidad sin límites.

La Guajira representada como región “no civilizada”, y por tanto desnuda y franca, hace que su territorio sea relacionado con estos actos trágicos: “Allá enfrente, están la civilización y la mecánica. Aquí, la tragedia y el dolor y la desnudez y el hambre y la miseria, se extienden hacia el Norte en una gran mancha de ocre y verde.” (Zalamea, 1960, p. 241). “Allá estaba la vida verdadera, dura y desnuda como una piedra. Allí estaban las mujeres desnudas, los hombres francos, los peligros simples y con los dientes descubiertos. Aquí está todo velado, escondido, falsificado.” (Zalamea, 1960, p. 243). Es por esto que la representación de la región parte de un deseo personal, puesto que se elabora desde la motivación juvenil de encontrar y experimentar su imaginario de la vida y el amor, ya que su ciudad de origen no mostraba signos de permitir estas excentricidades y excesos vitales; en la Bogotá andina de las montañas frescas, en la ciudad con ínfulas de orbe gigante, de los poetas, de los automóviles y las mujeres cubiertas, al parecer no suceden estas tragedias, estas aventuras sexuales, estas muertes súbitas.

Es importante resaltar que en el discurso narrativo de viajes de principios de siglo XX, continúa permaneciendo la huella de los grandes discursos que el siglo XIX promovió en el país. Según Edward Said, en el siglo XIX los pensadores y viajeros “conciben la humanidad en términos de grandes colectividades o generalidades abstractas.”(Said, 155). Colombia no será la excepción: fue el siglo XIX, en el proceso de construcción nacional de la república, cuando las élites criollas instauraron los grandes discursos sobre las regiones del país. Estos discursos estarían marcados por teorías de superioridad climática y geográfica, donde unos climas y geografías del país primaban sobre otros. La región andina, por su raza “mestiza y blanca”, por su clima “benévolo”, donde los hombres sí pueden desarrollar su pensamiento intelectual y adiestrar su temperamento, se consideraba la región ideal para concentrar el centro de los poderes del Estado y la “vida civilizada”. Por el contrario, las tierras calientes, los llanos, las selvas y mestizos; su clima al extremo caluroso y soleado era considerado propicio para afianzar las pasiones sexuales, el ocio y la barbarie traducida en todos los excesos del temperamento.

En *Viaje a pie* esta representación se mimetiza entre tantos presupuestos de “verdad” sobre el país que el viajero promueve en su discurso, pero puede evidenciarse cuando el viajero tan sólo percibe en la Costa Pacífica, la región negra y mulata, un territorio del disfrute, del sensualismo corporal y el ocio, y no una región que pueda brindar una alternativa dentro de su búsqueda de una Colombia auténtica y propia. Se empieza a visualizar la vida de los nativos de la región, en su mayoría negros, que la voz narradora representa bajo los parámetros de lo cerrado y flojo, haciendo permanecer la concepción de una raza sin ideas, ni lógica, meramente dedicada al correr del tiempo, talvez un poco idiotizados por la inclemencia del clima.

Cuando el viajero los señala como herméticos, es como si asumiera que son impenetrables y que cualquier acercamiento sería vano; tampoco se desea averiguarlo, se conforma con la simple imagen de lo que observa, igual sucede con la mujer negra, que incita y activa la tentación sensual: “la negra lustral nos tentó. El Diablo nos susurraba al oído: ‘Sólo hundir los dedos en esa carne dura y luego retirarlos para percibir cómo resurge, se devuelve; únicamente acariciar esa piel vivísima, correr la palma de la mano y las yemas de los dedos por las curvas’.” (*Viaje a pie*, 250).

En *Cuatro años a bordo de mí mismo*, estas representaciones se disfrazan de exotismo, un exotismo que no es otra cosa que una forma sofisticada del uso, ya que el viajero no establece una relación de alteridad y diálogo con la región, sino una relación de oposición con ella: lo que la Guajira como región tiene de diferente, a su lugar de origen, a sus costumbres y valores.

Las proyecciones sobre lo que se encontrará en la Guajira, el imaginario que se ha concebido y añorado con anterioridad se expresa cargado de un idealismo exótico: “Vamos a la Guajira, a la tierra salvaje, a la vida limpia, blanca, sin civilización y sin vestidos” (*Cuatro años a bordo de mí mismo*, 36). La Guajira es exótica y primitiva desde el punto de vista en que ella, como región imaginaria, aún se opone al mundo conocido y civilizado que le es familiar al viajero. La categoría de exótico se alimenta de dualidades simples, donde lo importante es afianzar cuan distantes están el mundo natural que se espera encontrar y el mundo del artificio ciudadano que se está abandonando, para así justificar el viaje. La Guajira, tierra de calor, de mar y sol, tierra primitiva y natural, es un todo homogéneo, una totalidad que se construye desde sus historias de muerte y, por supuesto, de traición y sexualidad desbordada.

De igual modo sucede con los indígenas Wayúu, nativos de la Guajira, que son representados en la novela como ladrones y peligroso asesinos; sus costumbres de intercambio y trueque son observadas con recelo, como simples acciones oportunistas y las indias son representadas como mujeres perversas, que engatusan a los hombres, mujeres siempre “fáciles” y dispuestas a la sexualidad.

Las categorías que distancian y ponen en condiciones superiores al hombre “civilizado” del “salvaje”, se siguen promoviendo y evidenciando en el discurso de estos viajeros, así como estuvieron presentes en casi todos los viajeros del siglo XIX, en su mayoría extranjeros, que visitaron también diversas regiones del país. Los viajeros de estas obras, pertenecen a los dos centros “capitalinos” y “andinos” (Medellín en el caso de Fernando González y Bogotá en el caso de Eduardo Zalamea) más importantes del país, desde donde se dictan los valores y las conductas al parecer apropiadas y ejemplares, para el resto del país; son ellos los que se autorizan a sí mismos para viajar –que ya es un acto de privilegio– y representar a las regiones en sus relatos, regiones de las cuales se sienten y se proclaman distantes y apartados, ya sea por su “capacidad intelectual”, su “lucidez” y “conocimiento” frente a la situación del país, como ocurre en *Viaje a Pie*

o por la moderación, el recato, que muestra y dice tener en sus acciones (en su capacidad de mantenerse al margen de los excesos) el viajero de *Cuatro años a bordo de mí mismo*.

Es así como, en el libro *Viaje a pie* encontramos lo que se podría denominar un viaje “cerrado”, en contraposición al viaje iniciático y de transformación interior, donde el papel que juega la alteridad es indispensable para movilizar condicionamientos o instaurar nuevos patrones de vida, en vía de un posible cambio en la mentalidad o en la vida misma del viajero. En este caso, lo cerrado supone una relación no establecida con el otro, donde el desplazamiento necesariamente no significa una confrontación con la naturaleza del otro, con sus formas de vida, con sus costumbres y creencias, ya que el otro tiene poca o ninguna posibilidad de mostrarse, de exponer sus criterios. Tampoco se intenta o se busca un acercamiento a ese visitado, no se intenta escucharlo, sino por el contrario, lo que desea la voz narradora es ser escuchada, ser comprendida para, de esta manera, reafirmar sus motivos y creencias.

En el caso de *Cuatro años a bordo de mí mismo*, la moderación y el recato se muestra claramente en el viajero, al nunca plantearse una relación más allá de lo meramente sexual con las indias. El viajero va a presenciar la aventura y el peligro, como testigo, no ha de ser parte de él; sus acciones, si las detallamos, son medidas y discretas. No compró una india porque pudo resultar herido o muerto por los indios, exceptuando solamente el caso con Enriqueta, la mujer de Luisito, donde la embriaguez y la noche lo vencieron, por primera vez, y lo llevaron acostarse con ella, una mujer por fuera de su prototipo femenino y que además es mujer de otro hombre: “Después de los excesos alcohólicos, se hace más intensa, más insaciable, más impaciente... Tal vez por eso... Pero no... ¡Para eso están las indias que no producen tanto asco! Y sin embargo, son dulces sus besos...” (*Cuatro años a bordo de mí mismo*, 110).

De esta manera, se pudo evidenciar que el género de la literatura de viajes, en estos inicios del siglo XX, aún se encuentra repitiendo y recreando algunos de los discursos categóricos y universalistas del siglo pasado sobre las regiones del país.

En cuanto a los aportes del género de la literatura de viaje a principios del siglo XX en Colombia, se pudo concluir que el viaje, y la narrativa que se crea a partir de él, se toma como un lugar de enunciación “adecuado y novedoso”, por su cualidad de distanciamiento del centro social familiar, posibilitando que el viajero ejerza su

capacidad de cuestionamiento, gracias precisamente a ese estar y sentirse por fuera de su lugar de origen. Es así como, también la narrativa de viajes, gracias a su estructura autoreferencial, genera un espacio desde donde exponer y producir pensamientos, confrontando los estamentos de poder, problematizando diversos aspectos del presente cultural y social del país, y posibilitando un lugar de diálogo entre la narrativa de viajes y la situación por la que atraviesa el país.

Como ocurre en *Viaje a pie*, donde el viaje se elige como plataforma idónea para la expresión de ideas, pensamientos y propuestas; en el relato se evidencian las inconformidades políticas y socioculturales del viajero con su tiempo. La experiencia de lo visitado, representado en lugares, topografías y sujetos, es aún tímida en el texto, como es poco evidente el desarrollo de una exposición descriptiva de la otredad y del viajero mismo frente a ella. Sin embargo, la obra es como una puerta, donde se enuncian caminos alternativos y nuevos para la vida del país, y donde el pensamiento del viajero puede exclamar sus propuestas e inconformidades, para que otros puedan tomarlas; el viaje ayuda y propicia esta elaboración de pensamientos, teorías e ideas sobre el país.

En *Cuatro años a bordo de mí mismo*, la elección por el viaje está más ligada a la experiencia de lo vital, como si ya hubieran madurado las ideas y se pudiera cruzar la puerta, el umbral de lo conocido, para ir hacia la experiencia directa; ya no basta con el pensamiento y las ideas, sino que se hace necesario el contacto directo de lo otro, sujeto, topografía, espacio, cultura, etc.; es por esto, que el viaje aparece como la mejor opción para la búsqueda y el encuentro con el conocimiento de la vida y sus posibilidades. Es así como la escritura manifiesta este cambio en un atrevido y locuaz relato de los pormenores del viaje: las descripciones se sumergen más en los detalles de cuerpos y personalidades, la interioridad del viajero tiene más espacio en la narración, se expone más al juicio del lector.

Por último, la narrativa de viajes ayuda a ampliar el panorama de las rutas geográficas del país, visibilizando la existencia de una Colombia de regiones, una Colombia no sólo mestiza², sino una Colombia donde es inevitable reconocer la existencia de lo

² “La idea de la naciente república, dotada de un mestizaje más o menos completo, ha servido para ocultar a los ojos de los estudiosos de la historia colombiana uno de los ejes centrales sobre los que giró la formación misma de la nación en el siglo XIX: el descomunal esfuerzo por someter y suprimir las razas negras e indígena del territorio patrio, y la construcción temprana, desde los textos fundacionales del

negro, lo mulato y lo indígena; empezamos a saber de la existencia del país multiétnico, multirracial, que habita en las regiones, aunque todavía ese reconocimiento es parcial e indirecto, y aún ciego frente al valor adecuado y merecido de estas culturas y etnias, que también conforman la nación. La narrativa de viajes recoge estas geografías del olvido y las planta en la memoria, para mostrarlas al país lector y letrado de los centros urbanos, y esto a pesar de los discursos dominantes y estereotipados de los viajeros, de su apuesta por seguir autoproclamando y exaltando sus propios valores y costumbres, a través de sus representaciones sobre las regiones, donde se puede evidenciar más la representación de los centros capitalinos, de su poder y de sus valores sociales, que la cultura y la formas de vida de las regiones.

Por estas razones, y muchas más, los caminos para el estudio del género de la literatura de viajes en Colombia quedan abiertos y dispuestos, para que en sus futuras investigaciones se puedan introducir también el análisis de las narrativas regionales, donde sea posible descubrir y evidenciar la forma cómo las regiones del país se han mirado y se han representado a sí mismas, porque lo han hecho siempre, a pesar de todos los intentos por silenciar su voz. Entonces, ya las preguntas no se harían desde el centro hacia la periferia, de la ciudad hacia la región, de lo andino hacia las costas, llanos y selvas, sino desde los propios centros de significación de las regiones, que sean sus propias inquietudes las que se manifiesten: ¿Cómo y de qué manera nos hemos representado? ¿A través de qué lenguajes, símbolos y narrativas? Los descubrimientos podrían ser muy interesantes y nos darían la posibilidad de reevaluar la representación y los imaginarios de los discursos dominantes de poder, que estoy segura, aún persisten en los colombianos, sobre algunas regiones del país.

De igual forma, la literatura no se salva de continuar perpetuando las “historias” definitivas y finales sobre los pueblos y sus culturas; por esto, el reto de los que hacen y estudian la literatura de viajes es más grande aún, puesto que pueden apoyar estas historias “definitivas” y “verdaderas” o, también, pueden contribuir a profundizar y ampliar los criterios y opiniones sobre los otros: otros países, otras regiones, otros continentes, otras comunidades y otros seres humanos; porque, como dijo la escritora nigeriana Chimamanda Adichie: “cuando rechazamos la única historia, cuando nos

pensamiento criollo colombiano, de una idea de nación brutalmente violenta y excluyente de las llamadas razas inferiores.” (Múnica, 40)

damos cuenta de que nunca hay una sola historia sobre ningún lugar, recuperamos una suerte de paraíso.” (Adichie, 2010).

Bibliografía

- Adichie, Ch. (2010), “El peligro de una sola historia”, [en línea], disponible: <http://www.revistaarcadia.com/periodismo-cultural-revista-arcadia/ideas/articulo/el-peligro-sola-historia/22338>, recuperado: 10 de Octubre de 2010.
- Candelier, H. (1994), *Riohacha y los indios Guajiros*, [en línea], disponible en: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/riohacha/rioindice.htm>, recuperado: 10 de diciembre de 2010.
- Corporación Fernando González-Otraparte. “Otraparte”, [en línea], disponible en: www.otraparte.org
- Clifford, J. (1999), *Itinerarios transculturales*, Barcelona, Gebisa.
- González, F. (1989) *Viaje a pie*, París, Le Livre Libre.
- Hall, S. (1980), “Codificar y Decodificar”, en: *Cultura, media y lenguaje*, Londres, traducción de Silvia Delfino, [en línea], disponible en: www.nombrefalso.com.ar, recuperado: 10 de Noviembre de 2010.
- Martínez, F. (2005), *El viajero y la memoria. Un ensayo sobre la literatura de viaje en Colombia*, Cali, Universidad del Valle.
- McDowell, L. (2000), *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*, Madrid, Cátedra.
- Múnera, Alfonso, (2005), *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano*, Bogotá, Planeta.
- Palmero, E. (2006), “Poéticas del viaje en la narrativa de la alta modernidad: los pasos perdidos de Alejo Carpentier”, en *Revista de la Fundación universidad federal de Río Grande*, México, vol 10. núm.12, p.p 23- 34.
- Peñate, J. (2004), “Camino del viaje hacia la literatura”, en Peñate, J. *Relato de viaje y literaturas hispánicas*, Madrid, Visor libros, p.p 13-29.
- Pratt, M. L. (1997), *Ojos Imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
- Rubio, P. (2006), “Nuevas estrategias en la narrativa de viajes contemporánea. ”, en Pimentel J. *Diez estudios sobre literatura de viajes*, Madrid, Instituto de la lengua española, p.p. 243-255.
- Said, E. (2004), *Orientalismo*, Barcelona, Debolsillo.
- Todorov, T. (1991), *Nosotros y los Otros. Reflexiones sobre la diversidad humana*, México, Siglo Veintiuno.
- “Viajeros por Colombia” [en línea], disponible en: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/historia/galeria/autores.html>, recuperado: 4 de agosto de 2010.
- “Viajeros extranjeros en Colombia: siglo XIX”, (1970), Cali, Carvajal & Cia.
- Zalamea, E. (1960), *Cuatro años a bordo de mí mismo. Diario de los cinco sentidos*, Bogotá, Compañía gran colombiana de ediciones.